

“Dios no puede separarnos”: una teología mediterránea

Josep M^a Margenat, SJ

Cristianisme i Justícia. Barcelona

E-mail: margenat@uloyola.es

Recibido: 28 de abril de 2020

Aceptado: 7 de junio de 2020

RESUMEN: La consideración paralela de un agnóstico y de un creyente en la lectura de *La peste* de Camus permite contraponer la comunión en la diferencia, una actitud que está en la raíz de un modo de proceder teológico, basado en la acogida, la escucha, el diálogo, la admiración y el encuentro fraterno, características de la llamada “teología mediterránea”. Recientes acontecimientos como el Encuentro de Bari (febrero de 2020) han puesto de relieve nuevas posibilidades de esa forma de hacer teología. Ésta se configura como sabiduría cristiana en un tiempo y en un espacio de transiciones.

PALABRAS CLAVE: diálogo; lugar de transiciones; *La peste*; sínodo; teología mediterránea.

“God cannot separate us”: a Mediterranean theology

ABSTRACT: The parallel consideration of an agnostic and a believer in the reading of *La peste* of Camus allows to counterpose communion in difference, an attitude that is at the root of a theological way of proceeding, based on reception, listening, dialogue, admiration and fraternal encounter, characteristics of the so-called “Mediterranean theology”. Recent events such as the Bari Meeting have highlighted new possibilities for this way of doing theology. This is configured as Christian wisdom in a time and in a space of transitions.

KEYWORDS: dialogue; space of transitions; *La peste*; synod; Mediterranean theology.

1. El no creyente y los cristianos

Invitado por el dominico Jean-Augustin Maydiou para hablar sobre “el increyente y los cristianos”, el primero de diciembre de 1948 Albert Camus dio una conferencia en el convento del boulevard Latour-Maubourg, en el distrito séptimo de París. En sus obras completas, tanto en francés como en castellano, aparecen extractos de esta. En junio del año anterior había aparecido *La peste*. Camus, en aquella conferencia, se dirigió a sus oyentes sin pedirles nada en cuanto cristianos, pues les aclaró que no se consideraba en condiciones de hacerlo, sino que, al recordar algunos deberes sólo como hombre, sólo en lo que era común a cristianos y no cristianos, se preguntaba qué podían hacer los cristianos por los demás. En la respuesta invitó a superar la censura, para la que no se considera autorizado y se declara “pesimista en cuanto al destino humano, optimista en cuanto al hombre, (...) no en nombre del humanismo (...) sino en nombre de una ignorancia que trata de no negar nada”¹.

¹ Cfr. “El no creyente y los cristianos”, en A. CAMUS, *Obras*, 2, Alianza, Madrid 1996, 747-754 (traducción de Rafael Aragón, revisión de Concepción García-Lomas; edición original, *Actuelles I. Chroniques 1944-1948*, Gallimard, París 1950). En A. CAMUS, *Conférences et discours*

San Agustín antes de su conversión “buscaba de dónde viene el mal y no encontraba”. Camus, nacido en un pueblo cercano a Annaba (entonces Bône, antes Hipona), recordó al final de su intervención al gran padre la Iglesia africana. El premio Nobel de literatura expresaba su temor, como había hecho antes y haría después, ante las ambiguas respuestas de los cristianos ante el mal. “Tomaré a la Iglesia en serio cuando sus jefes espirituales hablen el lenguaje de todo el mundo y vivan la vida miserable y llena de peligros de la mayoría”, declaraba en 1948. Camus no podía aceptar ni la oscuridad del magisterio incomprensible para tantos, ni los “arreglos” (*compromis*) oportunistas; después, sentenciaba: “... los cristianos vivirán y el cristianismo morirá”. No obstante, se permitió concluir: “Sólo puedo hablar de lo que sé. Y lo que sé, y que constituye a veces mi nostalgia, es que, si los cristianos se decidieran, millones de voces –millones de voces, oigan bien– se unirían en el mundo al grito de un puñado de solitarios, que sin fe ni ley abogan hoy un poco por todas partes y sin descanso en favor de los niños y de los hombres”. En la otra recen-

1936-1958, París 2006, Gallimard (Folio) 86-108, que incluye dos versiones; la de *Vie intellectuelle*, páginas 93-108, es muy diferente de la anterior.

sión de la conferencia, publicada en abril de 1949 en la *Vie intellectuelle*, la revista de los dominicos, Camus fue más explícito: “decir toda la verdad que sabemos”, “no mentir nunca”, “hacer comunidades” con quienes han de defender “los valores de los que tenemos necesidad”. Para defenderlos, “los cristianos han de gritar”, no simplemente sonreír, deben permanecer fieles a sí mismos y rechazar sin matices las ideologías modernas. “Hay un trabajo de adaptación que a menudo ha sido la riqueza y la consecuencia del cristianismo, pero que puede ser funesto si no es capaz de arraigar en sus bases morales y tradicionales. (...) el cristiano ha de adoptar claramente su propio lenguaje. El mundo de hoy necesita cristianos que sigan siendo cristianos”. El agradecimiento y la petición explícita de Camus son seguidas de la afirmación de la diferencia. “Comparto con ustedes el mismo horror por el mal. Pero no comparto su esperanza y sigo luchando contra este universo donde hay niños que sufren y mueren”.

2. El diálogo entre el médico y el teólogo

En *La peste*, al final de un diálogo entre el médico agnóstico Rieux y el “erudito y militante” jesuita Paneloux, éste invita a aquél a “amar

lo que no podemos comprender (...) porque sobrepasa nuestra medida”. Para el creyente, dice Camus, hay una “hora de la tarde” propicia para el examen de conciencia (463,188)². En esas horas duras, Rieux corrige a Paneloux: “me hago otra idea del amor. Rechazaré hasta la muerte amar esta creación donde hay niños que son torturados” (496,221).

La personalidad de Paneloux se ha ido dibujando a lo largo de páginas anteriores. En las partes segunda y cuarta aparece ya con trazo enérgico. De él se nos dice que era una persona con prestigio en la ciudad, incluso entre las personas indiferentes en materia de religión (309,25) y un “defensor caluroso de un cristianismo exigente” (381,99), que durante quince días se sustrajo a sus trabajos sobre san Agustín y la Iglesia de África para preparar un sermón que, a causa también de su misma personalidad, marcó “una fecha importante en la historia de este período” (381-382,100).

² La primera referencia numérica siempre es de *La peste* en A. CAMUS, *Obras*, (traducción de Rosa Chacel), tomo 2, Alianza, Madrid 1996; la segunda es de A. CAMUS, *La peste*, Gallimard, París 2008 (Folio plus Classiques). En muy pocos casos he cambiado ligeramente la traducción por simples razones contextuales.

A veces se han contrapuesto simplistamente las personalidades y posiciones de Paneloux y de Rieux, del jesuita y del médico, del creyente y del agnóstico, pero cabe otra lectura que, sin negar los contrastes, subraya la calidad humana y espiritual de su relación y la enorme sensibilidad que les une. Frente al trazo grueso que subraya la pureza moral agnóstica, cabe una lectura respetuosa de ambos desde ese paralelismo progresivamente confluyente. Aun cuando en la obra aparecen otros personajes, algunos bien caracterizados como Rambert, Tarrou, Grand o Cottard, creo que no nos equivocamos si subrayamos que las visiones paralelas son las que se establecen entre Rieux, el médico, el héroe “a pesar suyo” y Paneloux, el ascético jesuita de naturaleza fogosa y apasionada.

En la primera larga parte dedicada a la predicación de Paneloux en la catedral de Orán, se nos dice que ésta estuvo “más o menos llena” durante toda la semana, que el domingo, el último día, llovía y que la gente llenó el templo: “Un olor a incienso y a telas mojadas flotaba en la catedral cuando el padre Paneloux subió al púlpito”.

Después del exordio y algún que otro recurso retórico, al que ayudó el chaparrón que caía fuera, Paneloux proclama: “Si hoy la peste os atañe a vosotros es que os ha lle-

gado el momento de reflexionar... durante harto tiempo este mundo ha transigido con el mal, durante harto tiempo ha descansado en la misericordia divina. Todo estaba permitido: el arrepentimiento lo arreglaba todo”, añadiendo un poco después “¡Pues bien!, esto no podía durar. Dios, que durante tanto tiempo ha inclinado sobre los hombres de nuestra ciudad su rostro misericordioso, cansado de esperar, decepcionado en su eterna esperanza, ha apartado de ellos su mirada. Privados de la luz divina, hemos aquí por mucho tiempo en las tinieblas de la peste” (384, 102-103).

Tras otro patético párrafo, “al final de tan largo período, el padre Paneloux calló” (385, 104), aunque luego añadió: “Sí, ha llegado la hora de meditar. Habéis creído que os bastaría con venir a visitar a Dios los domingos para ser libres el resto del tiempo. Habéis creído que unas cuantas genuflexiones le compensarían de vuestra despreocupación criminal. Pero Dios no es tibio. Esas reacciones espaciadas no bastan a su devoradora ternura. Quiere veros ante Él más tiempo, es su manera de amaros, a decir verdad, es la única manera de amar (...). Extendéis ahora una mirada nueva sobre los seres y las cosas desde el día en que esta ciudad ha cerrado sus murallas en torno a vosotros y a la plaga. En

fin, ahora sabéis que hay que llegar a lo esencial" (385-386,104).

Casi al final, sus palabras confirman lo presentido: "Hoy mismo, a través de este tropel de muerte, de angustia y de clamores, [Dios] nos guía hacia el silencio esencial y hacia el principio de toda vida" (387,105) y concluye con la afirmación de una esperanza cristiana que alcanza a todos. Nos dice el narrador en tercera persona que Paneloux "esperaba, en contra de toda espera, que, a pesar del horror de aquellos días y de los gritos de los agonizantes, nuestros conciudadanos dirigiesen al cielo la única palabra cristiana; la palabra de amor. Dios haría el resto" (387,106). Con ello acaba el capítulo.

La misma pregunta que nos hacemos los lectores, la dirige Tarrou a Rieux: "¿Qué piensa usted de la predicación de Paneloux, doctor?", a la que éste responde con naturalidad: "he pasado mucho tiempo en los hospitales para que me guste la idea de castigo colectivo" (412, 132). A continuación, en boca del doctor, lo que quizá nos hace conocer la posición del propio Camus, sigue algo más interesante o inesperado: "pero, ya sabe usted, los cristianos a veces hablan así sin pensarlo nunca realmente. Son mejores de lo que parecen" (412, 132). Rieux se resiste ante la peste, aunque tampoco es capaz de res-

ponder con la misma naturalidad anterior, a una nueva pregunta que le hace su interlocutor: "¿Cree usted en Dios, doctor?". Rieux dice: "No, pero qué quiere decir esto realmente. Estoy en la noche e intento ver claro. Hace tiempo que he dejado de encontrar esto original." Como Tarrou insiste en conocer si es esto lo que le separa de Paneloux, el doctor asevera que el jesuita "...habla en nombre de una verdad" pero no ha visto morir a mucha gente, pues "es un hombre de estudio" ha aclarado antes. "El más sencillo párroco de pueblo... piensa como yo: curaría la miseria antes de querer demostrar la excelencia" (412-413, 133).

Rieux, un increyente entregado que amaba su profesión, vivía en la sombra, pero refiriéndose a Paneloux dice que ni siquiera él, que creía creer, "creía" en un Dios de este tipo. Como el jesuita, el médico agnóstico "creía estar en el camino de la verdad luchando contra la creación tal como era" (413, 133). "¿Ésta es la idea que usted se hace de su oficio?", concluye Tarrou. Volviendo a dejar que su rostro retornase a la luz, Rieux responde: "Poco más o menos" (413,133).

3. No creyentes y cristianos miran en la misma dirección

En la cuarta parte de *La peste* aparecen de nuevo ambos personajes,

Rieux y Paneloux. El primero sigue al pie del cañón, el segundo en progresivo aislamiento (217,491). Rieux sufre viendo morir a un niño, minuto tras minuto. “El dolor infligido a estos inocentes no había dejado de parecerles lo que de hecho era: un escándalo. Pero, hasta ahora al menos, se escandalizaban de forma abstracta, puesto que nunca habían mirado de cara tan lentamente la agonía de un inocente” que al final “tomó en la cara la actitud de un crucificado grotesco” (493, 218).

Un diálogo, apenas iniciado entre Paneloux y Rieux, y una descripción tensa –una marea de sollozos estalló en la sala cubriendo la plegaria de Paneloux, “Dios mío, salva a esta criatura”– son seguidos del hundimiento de Rieux, agarrado a la barra de la cama, quien “cerró los ojos, como borracho de cansancio y de asco” y concluyó: “tengo que irme, no puedo soportarlo más” (494,220). Paneloux coge del brazo a Rieux cuando éste abandona la sala, quien le rechaza con energía y le dice: “– ¡Ah, éste al menos era inocente, ¡bien lo sabe usted!”.

Momentos después, mientras Rieux está sentado en el patio de la escuela –“el calor caía lentamente entre las ramas de los ficus”– llega Paneloux quien pregunta al médico por qué le ha hablado con enfado y añade: “para mí también

era insoportable”. Rieux intenta justificarse: “El cansancio es una especie de locura. Y hay horas en esta ciudad en la que sólo siento rebeldía”. El diálogo se va anudando. Paneloux responde a su vez: “Lo comprendo”, pues “supera nuestra medida” y concluye que quizá “debamos amar lo que no podemos comprender” (497, 221).

Rieux reaccionó “con toda la fuerza y la pasión de que era capaz” y dijo: “yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados”. Paneloux acotó con tristeza: “acabo de entender eso que llamamos gracia”, a lo que Rieux “desde el fondo de un retornado cansancio” respondió con suavidad: “Estamos trabajando juntos por algo que nos une más allá de las blasfemias y de las plegarias. Sólo esto es importante”. Paneloux afirma que ambos trabajan por lo mismo (“sí también usted trabaja por la salvación del hombre”, “le *salut*”), a lo que Rieux apostilla: “La salvación del hombre es una frase demasiado grande para mí... Es su salud lo que me interesa” (“sa *santé*, d’abord”). (496,222). Cuando Paneloux hace el gesto de marcharse y lamenta no haber convencido a Rieux, éste responde: “¿Esto qué importa?”, añade: “Estamos juntos para sufrir y combatir [la muerte y el mal]” y, evitando mirarle, Rieux concluye: “Dios mismo ahora no

puede separarnos” (497, 221-222). Rieux y Paneloux miran en la misma dirección.

Al cabo de un tiempo, Paneloux, después de haber presenciado la agonía de aquel niño, estaba más tenso y parecía cambiado. Un día pidió a Rieux que acudiese a la predicación que iba a hacer. Esta vez Paneloux no dijo “vosotros”, sino que se refirió siempre a *nosotros*. “No hay que intentar explicar el espectáculo de la peste, sino intentar aprender de ella lo que se puede aprender (...) con respecto a Dios hay cosas que se pueden explicar y otras que no (...) el sufrimiento de un niño no se puede comprender. Y, a decir verdad, no hay nada sobre la tierra más importante que el sufrimiento de un niño, nada más importante que el horror que este sufrimiento nos causa ni que las razones que procuramos encontrarle”. Paneloux, según Camus, no recurrió “a fáciles ventajas”, sino que siguió “al pie del muro, fiel a este desgarramiento cuyo símbolo es la cruz, cara a cara con el sufrimiento de un niño” (501-502, 227). Rieux, escuchando a Paneloux, podía pensar que éste “estaba bordeando la herejía”, una palabra que ya había aparecido en otro sentido en el primer sermón, pero la religión de tiempos de la peste es una religión más exigente, no podía ser la religión de todos los días.

Con la peste Dios ponía a sus criaturas en una situación en la que tenían que asumir la más grande virtud y elegir entre Todo o Nada, entre “creer todo o negar todo” (502, 227). “¿Y quién entre vosotros, se atreverá a negar todo?”. Para Paneloux no se trataba ni de resignarse ni de humildad, sino de humillarse “porque el sufrimiento de un niño es humillante para la mente y el corazón, pero precisamente por ello hay que pasar por ello (...). El sufrimiento de los niños es nuestro pan amargo, pero sin este pan nuestra alma perece de hambre espiritual” (503, 228). En la última parte del sermón, Paneloux afirmó con energía “hay que ser ese que se queda”, en referencia a un fraile mercedario que fue el único de los que no murieron que no huyó del convento en la peste de Marsella del siglo XVII. El amor a Dios es un amor difícil, que implica el abandono total de sí mismo, la abnegación más honda, pues la muerte de un niño no se puede comprender y “lo único que nos queda es quererla”. Según Tarrrou, otro personaje, un creyente puede ir hasta el final o perder la fe; Paneloux había decidido ir hasta el final. Atendido por Rieux, *La peste* narra la muerte de Paneloux, (509-510, 235-236).

4. Una teología mediterránea en un lugar de transiciones

Albert Camus se había interesado por el cristianismo y así lo manifestó una y otra vez³: “Yo no soy cristiano. Nací pobre, bajo un cielo feliz, en una naturaleza que yo sentía en armonía conmigo, sin hostilidad”, declaraba Camus a una revista en 1948, y añadía “...comencé por la plenitud...me siento griego de corazón”⁴. En muchas ocasiones Albert Camus, nacido en Drean, entonces Mondovi, en el oriente argelino, una ciudad creada durante el segundo imperio tras la conquista por Napoleón III de la piemontesa Mondovi, se refirió a sus orígenes y subrayó lo esencial para entender su pensamiento. No se trata sobre todo de que naciese pobre, sino de que más tarde se hizo consciente de una condición de pobreza que había ignorado. Ser pobre no llega a ser real, si no se pone en relación con otros adjetivos: abandonado, sucio, rico o falto de recursos. Así en *El revés y el derecho*, cuando tenía veintidós

años, escribía un párrafo, que años después seguía considerando auténtico y válido: “...para las pequeñas [cosas] basta con la misericordia (...). Sólo pretendo dejar claro que la pobreza no implica forzosamente envidia”⁵.

En una reciente visita a un Congreso en la Facultad de Teología de Nápoles, el Papa hizo algunas consideraciones sobre la que desde entonces se viene denominando “teología mediterránea”, que puede resultar interesante releer a continuación del diálogo de *La peste* que acabo de presentar. El mar Mediterráneo siempre fue *lugar de transiciones*, según el papa Bergoglio⁶. En ese mundo mediterráneo las religiones pueden ser caminos en lugar de muros, caminos de auténtica fraternidad en lugar de muros de separación. En el mundo mediterráneo la teología transita desde la acogida al diálogo y desde éste a la experiencia fraterna. La acogida implica el reconocimiento de la realidad como es, es decir, sin negar sus contradicciones y dificultades, pero sin retrasar las soluciones. La

³ Sobre el tema, puede leerse Ch. MOELLER, “Albert Camus o la honradez desesperada”, en *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, Gredos, Madrid 1970, v. 1 (“El silencio de Dios”), 35-139 y A. BLANCH, *Nostalgia de una justicia mayor. Dos testimonios: Bertolt Brecht y Albert Camus*, Barcelona 2005, *Cristianisme i Justícia* (Quaderns n. 132), 3-5, 17-26, 27, 32.

⁴ Cfr. A. CAMUS, *Obras*, Alianza, Madrid 1996, vol. 2, 758.

⁵ A. Camus, *El revés y el derecho. Discurso de Suecia*, Alianza, Madrid 2014, 19.

⁶ Discurso de papa Francisco al congreso “La teología después de *Veritatis Gaudium* en el contexto mediterráneo”, organizado por la Pontificia Facultad de Teología de Italia meridional (sección sant Luigi) de Nápoles (21 de junio de 2019).

acogida reconoce el contexto en el que surge la pregunta por una teología “adaptada”. La acogida presupone la escucha. Así es la teología mediterránea.

Francisco se ha referido a La Pira varias veces en sus discursos de Nápoles (2019) y de Bari (2020). El mítico alcalde de Florencia (1950-1956 y 1960-1964, democristiano sin carnet, “por suerte la única *tesera* de la que uno no puede deshacerse es el bautismo”, declaró una vez), dejó escrito: “La riqueza que trae el otro”. En el contexto mediterráneo, el valor del nuevo paradigma de fraternidad o *convivialidad* (“me gusta esa palabra que habéis agregado al diálogo” apostilló Francisco), hospitalidad e integración, son etapas de un proceso difícil, aunque realizable, pues como concluyó el Papa en su homilía de Bari anterior al encuentro: “Si la meta fuera imposible, el Señor no nos hubiera pedido que la alcanzáramos”.

5. Un Sínodo del Mediterráneo, laboratorio de encuentros

En el Mediterráneo no podemos vivir instalados en un miedo que durante demasiado tiempo “nos ha paralizado”, declaraba el 22 de febrero pasado en el Encuentro de Bari el actual presidente del Parlamento europeo, Davide Sassoli, que se formó en su Florencia natal

en la escuela de La Pira⁷. “Miedo del otro, miedo de los otros, miedo de que en [los otros] países puedan formarse clases dirigentes orgullosas, que ya no estén dispuestas a malvender sus recursos, miedo a entrar en leal competencia, en una confrontación responsable. El vacío dejado por Europa hoy ha sido llenado por nuevos actores interesados en alimentar los conflictos en curso y en asegurarse su continuidad”, por lo que, a falta de una política europea, por un lado, “el foso entre norte y sur ha aumentado: no hemos sido capaces de llegar a acuerdos compartidos y ni siquiera de trabajar por el diálogo de los países de la orilla sur cuya incomunicación incrementa las crisis y los conflictos” y por otro, para muchos países europeos “parece más útil alimentar las divisiones”⁸. Sassoli afirmó en ese encuentro que Europa debía invertir para superar la desigualdad, promover el “partenariado”

⁷ Cfr. Paolo BIZZETI, “Mediterraneo, frontera di pace”: *La Civiltà cattolica* 4075 (2020), 56-67.

⁸ La Comisión de las conferencias episcopales de la Unión Europea (COMECE) ha pedido a los Estados de la Unión que adopten medidas coordinadas para evitar la muerte de numerosos migrantes en el Mediterráneo durante la pandemia, <https://www.la-croix.com/Religion/Catholicisme/Monde/eveques-appellent-lEurope-pas-negliger-sort-migrants-durant-pandemie-2020-04-26-1201091264>

con los países de la orilla meridional, el desarrollo de sociedades sostenibles, las posibilidades del libre cambio y la dedicación de energías al diálogo intercultural e interreligioso.

La reflexión de Sassoli sobre la dimensión religiosa fue significativa y merece una cita amplia:

“(...) justamente la victoria sobre los ídolos, que en la antigüedad fue un espacio del más osado politeísmo, hizo del Mediterráneo el espacio del Dios único. Así lo atestiguan las frases de Jeremías e Isaías que encontramos casi literalmente en el Corán: ‘yo soy el primero y el último. Fuera de mí no hay Dios’ (...) No se trata de anular las diferencias, ya que sabemos que la idea de Dios único siempre provoca preguntas (...) se trata de responder ahora a las preguntas que con simplicidad el Corán hace a todos los que hoy navegan en un Mediterráneo tempestuoso: ‘Gentes del libro, ¿por qué os enfrentáis?’ / (...) En la Casa de la Sabiduría del califa de Bagdad Al Ma’mun se encontraban hebreos, cristianos y musulmanes para leer los libros sagrados y a los filósofos griegos. Hoy para muchos de nosotros, creyentes y laicos⁹, es necesario reedificar aquella casa para con-

tinuar combatiendo juntos contra los ídolos, abatiendo muros, construyendo puentes, dando cuerpo a un nuevo humanismo”¹⁰.

Facilitar “el acceso a la riqueza que trae el otro y que siempre constituye una oportunidad de crecimiento” debe ser el objetivo del encuentro en el Mediterráneo, según el Papa. “Cuando se renuncia al deseo de comunión, inscrito en el corazón del hombre y en la historia de los pueblos, se va en contra del proceso de unificación de la familia humana, que ya se está abriendo camino a través de mil adversidades”, continuó Francisco. “El Mediterráneo es el mar del mestizaje, ‘culturalmente siempre abierto al encuentro, al diálogo y a la inculturación mutua’¹¹. La pureza étnica no tiene futuro. El mensaje del mestizaje nos dice mucho. Mirar al Mediterráneo, por lo tanto, representa un potencial extraordinario: no dejemos que una percepción contraria se difunda a causa de un espíritu nacionalista (...). Sólo el diálogo nos permite encontrarnos, superar prejuicios y estereotipos, hablarnos y conocernos mejor. (...) Las nuevas generaciones, cuando se les garantiza el acceso a los recursos y se les coloca

⁹ En italiano, según el contexto, esta expresión “laico” se identifica con no religioso y se contrapone a creyente.

¹⁰ Cf. BIZZETI, *art. cit.*

¹¹ Cf. *Pace nel Mediterraneo. Il pensiero di Giorgio La Pira*, Florencia, Polistampa, 2019.

en las condiciones para convertirse en protagonistas de su camino (...) se revelan como la savia capaz de generar futuro y esperanza. Este resultado es posible sólo cuando hay una acogida no superficial, sino sincera y compasiva”¹². Otras intervenciones en Bari destacaron también lo primordial de la experiencia del encuentro de las personas con Dios a través del testimonio, de la fe limpia y de la escucha de los pueblos, para ser una Iglesia capaz de desarmar los corazones y eliminar los muros del odio. El “Mediterráneo es el mar del mestizaje que nos recuerda que no existe identidad sin el otro”, escribía La Pira¹³.

Recientemente, la revista de los jesuitas de Milán ha propuesto que, de la misma forma que la Amazonia era un lugar concreto que podía configurarse como paradigma con valor universal, también el Mediterráneo podría llegar a ser algo similar¹⁴. El Sínodo sobre la Amazonia, celebrado en otoño de 2019, constituye una invitación para la creatividad desde una pluralidad de pers-

pectivas. Hay otras situaciones, diferentes y similares al mismo tiempo, como es el caso del Mediterráneo, una región con una identidad ambiental precisa, en la que durante milenios las relaciones de todo tipo y los conflictos han mezclado países, culturas y gentes diversas en sus lenguas y sus religiones, conformando una impronta común, por ejemplo, en la alimentación (la famosa dieta mediterránea o la tríada clásica no sin relación con dicha dieta: trigo, vid y olivo). En el centro de todo, el agua que une las orillas, que puede ser barrera y muro o puente y vía de encuentro. El Papa parece marcar también este camino (Bari 2018, Abu Dabi 2019, Marruecos 2019, Nápoles 2019, Bari 2020). De acuerdo con esos antecedentes, Giacomo Costa se pregunta: ¿por qué no soñar con un Sínodo mediterráneo? La posibilidad existe.

6. Conclusión

En este tiempo peregrino y crucificado, el Reino de Dios está ya presente en medio y a las afueras de la ciudad secularizada. Ésta no queda encerrada en sus estructuras mundanas, las dominadas por “el príncipe de este mundo” o por los ídolos de este “desorden establecido”, sino que se abre a otra interpretación porque las estructuras son un mundo ambivalente,

¹² Cf. FRANCISCO, *Discurso*, Encuentro con los Obispos del Mediterráneo, Bari (23-2-2020).

¹³ Cf. BIZZETI, *art. cit.*

¹⁴ Cf. G. COSTA, “Sinodo per la Amazonia. Perché coinvolgersi e come?”, *Aggiornamenti Sociali* (ago-sept 2019), 533-540.

ambiguo. Este mundo, ya salvado en esperanza por Cristo, es continuamente renovado por la rebeldía que busca y afirma y por la santidad que despierta y contempla. La obra de Dios en el mundo está oculta y ahí seguirá mientras dure la historia, una historia que está empezando. “Estamos aún en el alba, en la prehistoria, de la historia cristiana del mundo: la historia comenzará cuando hayamos radicado, en un cierto sentido hasta el fondo, el valor terreno y celestial del cuerpo humano que el Cuerpo resucitado de Cristo atrae hacia sí y modela a partir de sí”, escribía en 1970 Giorgio La Pira¹⁵.

“Pido a Dios que en esta tierra catalana se multipliquen y consoliden nuevos testimonios de santidad, que presten al mundo el gran servicio que la Iglesia puede y debe prestar a la humanidad: ser icono de la belleza divina”¹⁶. Con

esta expresión del papa Ratzinger quiero concluir. La consideración literaria de un agnóstico y de un creyente en la lectura de *La peste* de Camus, desde la comunión en la diferencia nos dan acceso al modo de proceder teológico, basado en la acogida, la escucha, el diálogo, la admiración y el encuentro fraterno, que, descrito como *lugar de transiciones* por papa Francisco, es la llamada “teología mediterránea”. Nuevos testimonios de santidad, nuevos iconos de la belleza que pueden abrir nuevos accesos a la verdad revelada, la sabiduría cristiana, una auténtica *sapientia cordis* que nos hace recordar aquella verdad escrita por el obispo de Hipona: “Dios nos tiene en su memoria, somos porque él nos recuerda”¹⁷. Existimos en la *memoria Dei*. ■

¹⁵ G. LA PIRA, “I veri «materialisti» siamo noi che crediamo in Cristo Risorto”: *Il focolare* (29-3-1970), reproducido en *L’attesa della povera gente*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1983, 89-95.

¹⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía*, Viaje apostólico a Barcelona. Dedicación de la Basílica de la Sagrada Familia (7-11-2010).

¹⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *De Trinitate*, XIV.